

ALGUNOS DETALLES SOBRE LA VIDA DE DON ANTONIO VARAS

La Época. Santiago, 6 de junio de 1886.

El señor don Vicente Pérez Rosales, amigo íntimo del señor Varas, nos ha favorecido con el siguiente artículo cuyo gran interés será debidamente apreciado por nuestros lectores:

Con gran rapidez eléctrica se ha esparcido del uno al otro extremo de la República la funesta noticia del fallecimiento de uno de sus más esclarecidos hijos. ¡¡Don Antonio Varas ha muerto!!

Si hay en el mundo individuos cuyos nombres simbolizan por sí solos cuanto tiene de halagüeño la honradez, la abnegación y el patriotismo apoyado sobre el agradecimiento de la patria, el de Varas es uno de ellos.

La patria viste con razón de luto: cada cual expresa el amargo pesar que tan irreparable pérdida ocasiona y ninguno rehúsa ostentar ante los ojos de sus compatriotas el cúmulo de importantísimos servicios que ha prestado a su patria el eminente chileno que acaba de fallecer.

Aturdido el que estos renglones escribe con el crudo golpe que ha experimentado su alma al ver la desaparición de un amigo que en lo sincero, parece que solo vino al mundo para reconciliarle, en esta parte, con la humanidad, dejó a más calificadas plumas la brillante tarea de medir el alcance de los conocimientos del sabio estadista, del profundo legislador y del eminente jurisconsulto: así como la de apreciar, junto con las dificultades que tuvo que vencer, los importantes servicios que supo Varas prestar a su patria, para ocuparme yo solamente del amigo.

A ellos corresponde seguir al pobre estudiante de Cauquenes en los afanes de instruirse para instruir después a los demás en el Instituto Nacional, donde la mano protectora de un malogrado hermano le había colocado, hasta que llegó en alas de sus merecimientos a la Moneda, y desde allí al través de las peripecias de la vida política hasta que colmado de justísimos honores y de la veneración de la patria agradecida, pagó a la naturaleza su ineludible tributo.

A mí solo corresponde recordar a Varas como simple compatriota, como amigo sin par; lamentando al propio tiempo que el estado de mi salud y el aturdimiento de la reciente desgracia hayan arrebatado de mi memoria hechos muy especiales que caracterizan, más bien que los meditados discursos, la persona cuya pérdida todos deploramos.

Varas, después de Camilo Henríquez, fue el primero que con más vehemencia sintió las ventajas de la inmigración extranjera. Ya en el luminoso informe presentado

a las cámaras el año 40 había dicho: “La inmigración extranjera es el único medio de dar impulso, de sacudir la indolencia de nuestro pueblo”, y era tal el espíritu de confraternidad universal que se enseñoreaba en su alma, que se le oyó decir en plena cámara: “¡La palabra extranjero, es una voz inmoral que debería borrarse de todo diccionario!”

Solo yo sé cuántos sacrificios personales hizo Varas y cuántos compromisos arrojó en obsequio de la inmigración.

Muy erróneamente se ha juzgado a este ser privilegiado respecto a sus ideas liberales. Varas nunca ha desconocido las ventajas de ninguna de ellas, lo que ha negado, y siempre con razón, es la oportunidad de su planteación [*sic*]; por esto se le ha visto algunas veces apoyar hoy lo que ayer combatía, sin que esto arguya retractación. Ninguno conocía mejor que Varas la importancia de la oportunidad en todas las acciones humanas: el alimento mismo dado a destiempo puede ocasionar la muerte. Departiendo conmigo en una ocasión sobre las exigencias de los *rojos*, me decía: “Haz que hable conmigo don Manuel Antonio Matta siquiera un cuarto de hora: verás como sale él siendo más conservador que yo, y yo tal vez más *rojo* que él”.

De imponderable abnegación y desprendimiento, siempre que la patria exigía algún sacrificio de parte suya, Varas nunca los rehusó aunque fuesen ellos muy superiores a los que podían sobrellevar los resortes de su modestísima fortuna. Sabía que su bufete de abogado podía, sin acarrearle enemistades y en la dulce paz del hogar, satisfacer con usura sus aspiraciones y llenar a su familia de las comodidades de que carecía; y tanto el tranquilo bufete como la satisfacción de sus aspiraciones y el cómodo bienestar de una familia que adoraba, las sacrificaba por servir a su patria desempeñando Ministerios que en Chile, como en todas partes, son el blanco donde ensayan la destreza de sus tiros la envidia y la maledicencia, y envidiados centros de acción de los cuales solo saca el hombre sinceramente patriota y honrado enemistades y crueles decepciones. He visto a Varas cuando acompañaba como Ministro a su digno amigo don Manuel Montt rehusar, cuando más lo necesitaba, una valiosa oferta por una fácil partición, nada más que porque el presidente titubeó un solo instante en aceptar la renuncia de su cargo, cuando ni siquiera era tan urgente su presencia en el Gabinete.

Aquejado por una seria enfermedad de pecho debido a su constante contracción al trabajo, le dije un día que por qué no promovía una expediente de jubilación, y olvidándose de la tos que le ahogaba, me contestó con entereza: “Porque todavía puedo trabajar y porque la jubilación por invalidez simulada es un robo que se le hace a la nación”.

¿Y qué decir ahora del carácter y de ese corazón esencialmente bondadoso que tan mal han interpretado los espíritus vulgares que solo juzgan por las exteriores apariencias?

Varas ha pasado a los ojos de muchos por un ser adusto e intransigente, sin considerar que esas dos condiciones que hacen al hombre antipático son hijas legítimas de otras tantas virtudes que enaltecen al que las practica sobre toda humana

consideración: la franqueza sin embozo y la honradez sin tacha. Era serio porque los altos puestos que ha ocupado no se prestaban a zalamerías; fue intransigente para no ceder a las supuestas razones que le daban los taimados aspirantes, los solicitantes de granjerías, y como tenía la franqueza de decir a todos la verdad y nadie ignora que la verdad cuando no aprovecha al que la oye, ofende, se acudió al recurso de tildar de riguroso, de violento y hasta de malo el corazón de Varas.

Solo el que no ha tenido como yo la ocasión de acompañar a Varas en su tranquilo hogar doméstico, de contemplarle en sus reuniones con sus amigos, de admirar sus chistes y la dulzura de su apacible trato, puede dar crédito a las ridículas violencias que atribuyen a su carácter aquellos que, declarados enemigos políticos suyos, no pueden conformarse con su vencimiento.

He aquí un rasgo de su vida que acredita cuanto pueda decirse sobre la constancia ejemplar de este hombre extraordinario para servir a su patria.

El día 31 de mayo, ahogándose con un acceso de tos, dijo al secretario del Senado que aunque su estado no lo permitía, ni se consideraba indispensable su asistencia al Congreso, asistiría a él.

El día 2 de junio, desahuciado de todos los médicos, ordenó al secretario del Senado, a la 1 ½ de la tarde, que le remitiese la lista de los negocios que estaban en estado de tabla para ver cuáles exigían más urgente despacho, y asimismo el proyecto de reforma de la ley sobre instrucción secundaria y superior para formular algunas modificaciones que pensaba proponer en él.

¡Veinte horas después Varas había dejado de existir!

Santiago, junio 5 de 1886.

VICENTE PÉREZ ROSALES